

## «GEOGRAFÍA DE ANDALUCÍA»

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (COORD.) (2003)

ARIEL GEOGRAFÍA. BARCELONA, EDITORIAL ARIEL S. A., 892 PÁGS.

En 1990, un buen conocedor de los temas andaluces, José Cazorla Pérez, afirmaba «desde comienzos de los años sesenta han proliferado los libros, artículos e investigaciones sobre Andalucía y por tanto sobre los andaluces». Es un aserto válido en concreto para los estudios geográficos. Refiriéndonos sólo a los libros sobre el conjunto de Andalucía y sin tener en cuenta los textos para Bachillerato, bastante frecuentes, ni los capítulos sobre ese tema en las numerosas Enciclopedias y «Geografía de España» existentes, se podrían enumerar las siguientes aportaciones: *La España del Sur* (1956) de J. Sermet, *Factores geográficos en el desarrollo de Andalucía* (1971) de J. Bosque Maurel y F. Villegas Molina, *Andalusía. Problems Regions of Europe* (1975), de J. Naylor, *Andalucía como hecho regional* (1975) de J. Sermet, *Geografía de Andalucía* (1989-1990), ocho volúmenes coordinados por G. Cano García, una buena obra en plena reedición, *Geografía humana de Andalucía* (1986) y *El territorio andaluz* (1990) de E. García Manrique y M.<sup>a</sup> C. Ocaña, y *Algunas reflexiones sobre la Geografía de Andalucía* (2001) de J. Bosque Maurel.

En esta línea se mueve la *Geografía de Andalucía* coordinada por el catedrático de la Universidad de Córdoba, Antonio López Ontiveros. Una obra que pretendía, según el mismo coordinador, ser «un manual geográfico ...que, sintética y homogéneamente, desarrollara un planteamiento espacial y ambiental..., comprendiendo sus aspectos físicos y humanos y mostrando las imbricaciones y relaciones entre ellos» (pág. 7). Un compromiso que, en buena medida, cumple.

Se trata de una obra colectiva en la que intervienen, amén del coordinador, un total de 28 especialistas en su mayor parte, diez y ocho, pertenecientes a las Universidades de Sevilla y Córdoba. A ellos se unen dos profesores de la Universidad de Jaén y tres pertenecientes a cada una de las, también andaluzas, de Almería, Granada y Huelva, así como un geógrafo de la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía y un geógrafo profesional. Completan la nómina otros especialistas pertenecientes, uno de ellos a la Universidad del País Vasco, y otros dos, a la Autónoma de Madrid.

Es indudable que, según costumbre, la elección de los colaboradores es responsabilidad del coordinador y que éste, posiblemente, en función de la homogeneidad que pretendía según sus anteriores palabras, se ha inclinado porque la mayor parte de esos colaboradores, sin duda con una excelente formación, formen parte de los Claustros sevillano y cordobés, unidos desde antiguo por una comunidad de origen y formación. Homogeneidad que puede enfrentarse con la posible existencia de otros especialistas, no menos preparados, en algunas de las restantes Universidades andaluzas no incluidas en el índice de autores. Es claro que lo importante es la calidad de los resultados finales y que, en esta *Geografía de Andalucía*, tal calidad se alcanza en sus líneas generales y en la mayor parte de sus capítulos.

En primer lugar cabe señalar que las cinco partes en que se organiza la obra ofrecen en sí algunas innovaciones respecto al esquema tradicional en este tipo de

trabajos. A los grandes apartados ya convencionales dedicados al análisis del medio físico, de la población y el habitat y de las actividades económicas, se agregan otros dos menos frecuentes aunque ya empezaban a ser considerados en algunos otros casos, el que lo inicia, dedicado a establecer la personalidad geográfica andaluza, y el final, referente a la cohesión y dinámica del espacio geográfico, en sí mismos muy relacionados e, incluso, coincidentes en parte.

El estudio de la *Personalidad geográfica de Andalucía* lo lleva a cabo el mismo coordinador de la obra, Antonio López Ontiveros, que lo desarrolla en dos capítulos sin duda interesantes. En el primero, *De la imagen mítica de Andalucía a la realidad geográfica* se lleva a cabo una cuidadosa reflexión muy personal sobre la imagen de Andalucía a través de los viajeros, numerosos en todos los tiempos, que en sus relatos dejaron su propia visión del mediodía español, y procurando destacar los caracteres geográficos hoy aún vivos de la región. A partir de una abundante bibliografía, directa e indirecta, sobre los textos de tales viajeros ya estudiados a veces por el mismo López Ontiveros, se lleva a cabo una laboriosa tarea en la se resalta el extraordinario papel realizado por los autores y viajeros románticos en el conocimiento fuera de España de una realidad andaluza a veces parcial y tópica pero siempre interesante. Es indiscutible la importancia del Romanticismo en este conocimiento no sólo de Andalucía sino de toda España. No obstante, parece que, en ocasiones, no se consideran en su justo valor la aportación que los relatos de los viajeros musulmanes no sólo medievales, los más significativos, sino posteriores, han tenido en ese descubrimiento de lo español. Cabe recordar lo mucho que su visión influyó en, sobre todo, los primeros románticos interesados por España, Chateaubriand y Washington Irving, por ejemplo. Y que quizás tenga algo que ver con el relativo olvido en que queda el Reino de Granada y la misma Ciudad de la Alhambra, tan importantes en el pasado andaluz, en esa imagen mítica —y tópica— de Andalucía. El manejo de obras como el «Homenaje a Granada» (1990) de Ricardo Villa-Real, «Granada en los libros de viajes» (1982) de Cristina Viñes, y la excelente Colección de Textos de viajeros y científicos «Sierra Nevada y la Alpujarra» dirigida por Manuel Titos Martínez (1992-1997) que no aparecen en la bibliografía, salvo dos de los volúmenes de esta última, hubiera sido conveniente en este aspecto.

En el segundo capítulo de esta primera parte, *El territorio andaluz: su formación, delimitación e interpretación*, es especialmente interesante su primer apartado que intenta una interpretación de la existencia de Andalucía, así como de su personalidad y originalidad. De nuevo se recurre a una abundante bibliografía sobre la cuestión, en la que no aparecen dos tesis doctorales recientes sobre el conjunto de España y que se refieren ambas al tema de la ordenación territorial española en el siglo XIX con especial interés para Andalucía: Jesús Burgueño (1995) y Jacobo Muñoz (2002). Como señala López Ontiveros, la importancia de los libros de Jean Sermet sobre Andalucía fue muy importante en su momento, tanto como la crítica, en especial sobre una inexistente unidad natural reclamada por el autor francés, llevada a cabo posteriormente por los geógrafos españoles en cierta manera conocedores y, hasta, seguidores de sus trabajos, lamentablemente no publicados totalmente ni siquiera en su idioma original. Y es especialmente valiosa la discusión sobre el momento de la aparición,

como entidad geográfica y como unidad político-administrativa, la diferencia no queda clara, de Andalucía.

Es indudable el valor de las reflexiones, magistrales, de Antonio Domínguez Ortiz sobre el momento de la aparición del topónimo Andalucía, de su significado identitario y de su situación y límites, como también el que la división provincial de Javier de Burgos ha sido decisiva en la conformación actual de la Comunidad, un hecho ya señalado con anterioridad (J. Bosque, 1971, 1981 y 1999). Empero, tampoco cabe duda que el pasado romano de la región bética —véase la obra mal conocida de Niemeier en su simple resumen de Manuel de Terán (1934)—, como la presencia musulmana de ocho siglos tan abundante en bibliografía muy diversa y el no menor peso de la Reconquista y su largo proceso han sido etapas decisivas tanto en la conformación del espacio geográfico y político andaluz como en el de su propia identidad. El análisis cartográfico de la evolución andaluza que se añade, confirma muchas ideas pero también deja en el aire otras tantas, y no queda claro el cambio / retroceso socioeconómico andaluz producido tras comienzos del Ochocientos que conduciría a su reconocimiento como parte del Tercer Mundo, utilizado por algunos geógrafos como carácter esencial en la realidad geográfica andaluza de los últimos tiempos. Las páginas dedicadas a la situación mundial de Andalucía resultan interesantes y valiosas.

En la segunda parte, dedicada a la *Caracterización natural de Andalucía*, se cubren con habilidad y amplitud los capítulos lógicos en estos casos, El relieve y las costas andaluzas, El clima de Andalucía, El agua en Andalucía, Grandes dominios biogeográficos andaluces, La fauna andaluza y Los espacios protegidos en Andalucía, llevados a cabo por especialistas reconocidos y excelentes que realizan una buena labor. Se destacan los excelentes y numerosos cuadros y mapas temáticos que se dispersan por todo el conjunto, la novedad y calidad del capítulo sobre la fauna andaluza de José Manuel Rubio Recio y la buena y, hasta novedosa, síntesis muy general constituida por las páginas de Alfonso Mulero sobre los espacios protegidos. Podría echarse de menos, en los diversos capítulos, algunas obras ya clásicas de Fontboté, Fallot y Solé Sabarís, aun vivas, y otras no tan clásicas de Martín-Vivaldi Caballero, Ortega Alba, Pezzi y Rodríguez Martínez, casi siempre dedicadas a aspectos diversos del sudeste andaluz y, en concreto, a muy determinados espacios protegidos como Sierra Nevada, el complejo Cazorla, Segura, las Villas y el Cabo de Gata.

La tercera parte se refiere a *La población andaluza y las formas de articulación territorial*. Tres de sus capítulos centrales estudian la geografía urbana andaluza y constituyen una aportación de gran calidad, tanto en lo que se refiere al sistema urbano de José M<sup>a</sup> Feria Toribio, que rehace y mejora una obra suya anterior del mismo título, como a la ciudad histórica andaluza (V. Ml. Fernández Salinas), que lleva a cabo una excelente revisión de las diferentes etapas del origen y evolución de las ciudades andaluzas desde la época romana, su transformación medieval, con especial énfasis en el impacto musulmán tan ligado por otra parte con el momento anterior, y no menos con los cambios derivados de la reconquista cristiana. Una etapa, la medieval, que es fundamental en la realidad urbana «preindustrial» que sólo a mediados del siglo XIX inicia el paso a la «¿ciudad burguesa?», según expresión discutible

en conjunto del autor, y que a veces sólo se produce ya en la primera mitad del Novecientos, en que llegan a coincidir la degradación de la ciudad histórica y los primeros intentos de su conservación y rehabilitación. Resalta la oposición entre un modelo esencialmente orgánico y laberíntico, islámico, y otro, planificado y geométrico, cristiano, cuyo influjo en las Indias convendría analizar, y la aparición, de origen romano a menudo, de la urbe de base agraria, la ciudad-aldea según Terán, o la agrociedad, de López Ontiveros, dominante aquí. Un buen tercer capítulo, de J. Cruz Villalón, plantea las características del desarrollo urbano reciente, en pleno siglo XX, que supone un cambio radical quizás mayor en Andalucía que en el resto de España, tanto por su incremento poblacional, exponencial, como por su extensión territorial, y ello a pesar del predominio de las actividades primarias y, en parte, por el peso de la intervención pública. Una vez más, en todos estos capítulos, parece predominar la visión de las urbes bajo andaluzas sobre las alto andaluzas, menores en número aunque quizás no tanto en significado.

Completa esta tercera parte, primero, dos capítulos iniciales sobre *geografía de la población y poblamiento y habitat rural*. En el inicial, aunque limitado a un momento con comienzo en la segunda mitad del siglo XIX, se analiza con relativa minuciosidad y en conjunto la evolución demográfica, su distribución, su estructura y sus movimientos poblacionales tanto naturales como espaciales, internos y externos, análisis avalado por una profusión de cuadros y gráficos. En el segundo, Gema Florido Trujillo estudia, primero y estrictamente, el poblamiento rural diseminado —¿por qué no el rural concentrado?—, que define como constituido por asentamientos repartidos por todo el territorio municipal, estableciendo una tipología en la que no parece tener en cuenta el número de casas y habitantes y en el que incide en la unidad de vivienda y explotación y no en su agrupación; a partir de aquí, se refiere al habitat considerándolo según «la orientación productiva de las explotaciones»: «edificaciones» de las tierras cerealistas, del olivar, del viñedo, de las unidades ganaderas. En la práctica, se concentra, con erudición y cuidado, en el habitat de las diversas comarcas agrarias, casi en monocultivo, del Guadalquivir, y apenas atiende al resto del espacio andaluz. Como no tiene en cuenta, al parecer, a las formas exteriores de la casa rural y a su estructura interna global, no existe apenas referencia a modelos de poblamiento y habitat tan característicos como el alpujarreño y, en general, al propio de las altas sierras béticas y pasa como en ascuas por la vivienda troglodita que es fundamental y aún dominante en las provincias de Granada y Almería. Finaliza el apartado, con un interesante artículo sobre *Los sistemas de transporte, las infraestructuras y el territorio* (I. Pozuelo Meño) en el que pudiera haberse resaltado cómo el tradicional aislamiento de Andalucía respecto al resto de España habría podido favorecer las importantes debilidades existentes en el actual sistema regional de comunicaciones y transportes, sólo recientemente en plena superación.

La cuarta parte, la más extensa, con 250 páginas, estudia las *Actividades y espacios económicos* a los largo de seis capítulos, uno de carácter general (23 pags.), tres dedicados al campo andaluz, que comprenden casi la mitad de las páginas (160) de esta cuarta parte, y los dos últimos a la industria (23) y al sector terciario (35), respectivamente. Es evidente el dominio de las actividades agrarias en la vida econó-

mica andaluza, tanto por el valor de la producción como por su peso en el comercio exterior, lo que explica la mayor extensión de estos capítulos, pero no lo es tanto el escaso espacio concedido sobre todo al sector terciario hoy principal actividad de la economía regional por el número de personas en él empleadas, 64.3 por 100 del total en 2001, y de la producción, 65.2 por 100 en 1997 (cifras de la obra reseñada).

La introducción, *Características generales de las actividades económicas en Andalucía*, de Inmaculada Caravaca Barroso, es una inteligente reflexión en la que resaltan dos hechos, la reciente aunque aún leve recuperación económica regional, tras el espectacular retroceso producido durante el siglo XIX y una parte del XX hasta una situación de subdesarrollo paralelo al del área mediterránea, en contraste con una larga etapa dominante en la península iniciada con la ocupación romana, y quizás antes, mantenida durante la etapa medieval musulmana y sostenida con el descubrimiento y colonización de las Indias occidentales. Una evolución que tiene mucho que ver con la adecuada utilización de las ventajas de la específica *situación geográfica* andaluza, oscurecida en los primeros Ochocientos y hoy en recuperación, ya señalada con anterioridad (J. Bosque Maurel, 1981 y 2001). El segundo hecho a destacar es el proceso de terciarización, anejo a un incremento relativo de la inversión y la innovación, que hubiera podido merecer unas páginas más en el interesante capítulo a él dedicado (*La terciarización de la economía andaluza*) por la misma investigadora y en el que se insiste en una válida clasificación introducida por R. Méndez (1995). A la Profesora Caravaca se debe también el capítulo sobre *La industria y su espacio*, que, sabiendo a poco, sintetiza con habilidad sus anteriores y excelentes trabajos sobre el tema. El estudio de las páginas dedicadas a la economía no agraria termina con un subcapítulo (*Actividades y espacios turísticos*) preparado por Alfonso Fernández Tabales, abundante en hechos y materiales, y cuyas reflexiones son dignas de consideración en torno a una actividad que se está convirtiendo en una de las primeras y más significativas de la vida social y económica de Andalucía. Resalta la atención concedida al llamado «turismo de ciudad», también «turismo cultural-monumental», y que podría tener como paradigma a Granada.

Pero el peso de esta cuarta parte de la Geografía de Andalucía reside en el análisis, en general de calidad, de *El campo andaluz*, desarrollado en más de un tercio de sus páginas (*Cultivos y aprovechamientos de Andalucía y Propiedad, explotación y tenencia de la tierra*), a cargo de José Naranjo Ramírez, al que completan otros tres apartados dedicados a aspectos particulares pero especialmente importantes territorialmente y, a menudo, comercialmente, *La Agricultura litoral* (Andrés García Lorca), *Desarrollo rural y espacios de montaña* (Francisco Rodríguez Martínez) y *Otras actividades primarias: Ganadería y sistemas ganaderos* (Rocío Silva Pérez), *La caza* (Antonio López Ontiveros), *Espacios forestales* (Eduardo Araque Jiménez y J. D. Sánchez Martínez) y *La Pesca* (J. L. Suárez de Vivero y J. A. Rodríguez Rodríguez).

El conjunto dedicado a la economía primaria cubre bien y con mucha profundidad la totalidad del territorio andaluz así como su «enorme diversidad campesina», uno de los rasgos más definitorios del campo andaluz y que han convertido hoy, como ayer, a Andalucía en la primera región agraria de España, sobre todo por el extraordinario desarrollo a lo largo del siglo XX de un regadío ya presente en la Bética romana

y que hubiera podido merecer una mayor y más cuidadosa atención de la recibida en esta cuarta parte de la Geografía de Andalucía. Todo ello, en parte gracias a los estudios específicos acerca de la agricultura litoral, básica en una agricultura racionalizada y comercializada al máximo en sus dos principales renglones, los cultivos tempranos y los ecológicos, de la de montaña, incluidos los espacios forestales y cinegéticos, la más afectada por la política comunitaria (PAC) y, quizás por ello, con más problemas y con más posibles cambios futuros, y, finalmente, menos interesantes por su mayor apego a la tradición y con menos transformaciones, los sistemas ganaderos andaluces. La pesca, estudiada en especial en sus aspectos más globales y no tanto en sus particularidades, cierra este gran apartado.

El último apartado, *Cohesión y dinámica del espacio geográfico*, lo forman los capítulos titulados *Riesgos y problemas ambientales en Andalucía* (I. Vallejo, J. M. Camarillo y M.<sup>a</sup> F. Pita), *Diversidad, desigualdad y cohesión territorial* (Fl. Zoido y J. F. Ojeda), *Unidad y variedad de Andalucía* (A. López Ontiveros) y *Los paisajes de Andalucía* (R. Mata Olmo y C. Sanz Herraiz).

JOAQUÍN BOSQUE MAUREL